

—¡Ah! señora, exclamó Pablo saliendo de su estupor, no haceis justicia á mis sentimientos.

—Aquí no se trata de sentimientos, exclamó el viejo queriendo detener á su cliente, aquí se trata de arreglar los negocios de tres generaciones. ¿Hémos gastado esos millones que no parecen, nosotros que no pedimos sino que se resuelvan unos obstáculos en que ninguna parte hemos tenido.

—Casaos y no regateéis, decia Solonet.

—¡Regatear! Llamais regatear á defender los intereses de los hijos, del padre y de la madre! contestaba Mathias.

—¡Sí, continuaba diciendo Pablo á su suegra, deploro las disipaciones de mi juventud que me hubieran permitido, á no hacerlas, el cerrar esta discusion con una palabra, del mismo modo que vos deplorais vuestra ignorancia y vuestros gastos. Dios me es testigo de que poco me importaria una vida tranquila y retirada, pero ¿no es tambien preciso que Madlle. Natalia renuncie á sus gustos y costumbres? Hé aquí nuestra existencia modificada.

—¿De dónde, pues, sacaba Evangelista sus millones? dijo la viuda.

—Mr. Evangelista era comerciante y ganaba sumas considerables; nosotros somos un propietario cuyas rentas son inflexibles; respondió vivamente Mathias.

—Aun hay un medio de conciliacion, exclamó Solonet, quien por esta frase proferida con voz de falsete, impuso silencio y llamó la atencion de los demás.

El notario jóven se parecia á un hábil cochero que, manejando diestramente las riendas de cuatro caballos, se entretiene animándoles ó refrenándoles. Desencadenaba las pasiones, y las calmaba lentamente haciendo sudar en su arnés á Pablo, cuya vida y felicidad estaban sobre el tapete, y á la viuda que no veia bastante claro á través del embrollo de la discusion.

—Mad. Evangelista, dijo tras de una pausa, puede traspasar sus títulos del cinco por ciento, y vender su hotel. Haré que produzca trescientos mil francos, beneficiándole por lotes. De esta suma retirará ciento cincuenta mil y quedarán vuestros inmediatamente nove-

cientos cincuenta mil francos. Aunque esta cantidad no satisface el crédito de su hija, ¿encontrareis muchos dotes parecidos en Francia?

—¿Y entonces, qué será de la señora? dijo Mathias.

A esta pregunta, que suponía un asentimiento, Solonet murmuró para sí.

—Viejo lobo, caíste en la trampa. La señora, continuó en voz alta, guardará los cincuenta mil escudos mitad del producto de la venta de su hotel. Esta suma, unida á lo que produzca la venta de los muebles, puede colocarse en rentas vitalicias y procurarla veinte mil libras anuales. Lanstrac es grande, teneis casa en Paris, así es que puede muy bien la señora vivir en compañía de sus hijos. Una viuda, que posee veinte mil francos de renta sin gastos de casa, vive mucho mejor que Mad. Evangelista cuando gozaba su inmensa fortuna. Mad. Evangelista no tiene mas que á su hija; vos, señor conde, tambien sois único, vuestros parientes son muy lejanos, no hay que tener pues ninguna colision respecto á intereses. La suegra y el yerno que se hallan en las condiciones que

vosotros, forman siempre una sola familia. Mad. Evangelista compensará el actual déficit con una pension que sacará de sus veinte mil libras anuales. Es demasiado generosa la señora, demasiado grande para suponer que quiera vivir á costa de sus hijos. De este modo, señor conde, vivireis unidos, felices, y podreis disponer de cien mil libras cada año, suma suficiente para poder gozar en cualquier pais de todos los placeres de la vida y satisfacer todos sus caprichos. Y, creedme, los recién-casados necesitan á veces un tercero en su vida conyugal, ¿qué tercero, pues, mas afectuoso que una buena madre?...

Pablo creía que era un angel el que hablaba. Miró á Mathias para ver si participaba de su admiracion, ignorando que los notarios, como los abogados, ocultan bajo sus arranques apasionados y elocuentes, la frialdad y atencion inalterable de los diplomáticos.

—Un paraiso en miniatura, dijo el viejo.

Asombrado de la alegría de su cliente, fué á sentarse Mathias en una otomana, y quedó sumido en una meditacion evidentemente dolo-

rosa. Conocía aquella florida elocuencia, hábil disfraz de alguna perfidia, y no era fácil engañarle. Púsose á mirar disimuladamente á su colega y á Mad. Evangelista, que continuaban hablando con Pablo, y procuró sorprender algunos indicios del complot, cuya trama tan admirablemente urdida había llegado á entrever.

—Caballero, dijo Pablo á Solonet, os agradezco infinito vuestros buenos servicios. Esta transaccion resuelve todas las dificultades mas felizmente de lo que yo esperaba, contando con que no os opondéis, señora, añadió dirigiéndose á su suegra; pues yo rechazo todo lo que vos no tengáis á bien aprobar.

—Contad siempre conmigo: yo no me opongo á lo que puede hacer felices á mis hijos.

—Segun y cómo, contestó Pablo; Natalia y yo sufriríamos infinito si por nosotros os privaseis hasta de un capricho.

—Tranquilizaos, señor conde, dijo Solonet.

—¡Ah! pensó Mathias, quieren hacerle besar la justa antes de darle un latigazo.

—Tranquilizaos, continuó Solonet, se hacen

ahora tantas especulaciones en Burdeos, que no es difícil una buena hipoteca. Despues de apartar los cincuenta mil escudos, que os deberemos, del precio del hotel y con el mobiliario, puedo asegurar á la señora un capital de doscientos cincuenta mil francos. Yo me encargo de su colocacion en primera hipoteca, que al diez por ciento, dará veinticinco mil libras. De este modo nos casamos con fortunas iguales casi, porque contra vuestros cuarenta y seis mil francos de renta, aporta Natalia cuarenta mil en cinco y ciento cincuenta mil en escudos, susceptibles de producir al año siete mil libras: total cuarenta y siete.

—Todo es evidente, exclamó Pablo.

Al acabar su frase, Solonet había lanzado sobre su cliente una mirada oblicua, que notó Mathias y que quería decir: Lanzad ahora la reserva.

—¡Oh! exclamó Mad. Evangelista con una alegría que no pareció afectada: se me olvidaba que puedo ceder á Natalia mis diamantes; deben valer al menos cien mil francos.

—Podemos hacerlos estimar, y esto cambia

completamente la tésis. Nada se opondrá entonces á que el señor conde reconozca haber recibido íntegra la suma perteneciente á mademoiselle Natalia por herencia de su padre, y que los futuros esposos den por presentadas en el contrato las cuentas de tutela. Es justo dar algun desquite á la generosidad verdaderamente española de la señora.

—Lo apruebo, dijo Pablo, y me confunde tanta generosidad.

—¿No es mi hija otra yo? exclamó Mad. Evangelista.

Maese Mathias sorprendió un relámpago de alegría en el rostro de la viuda, cuando esta vió casi vencidas todas las dificultades: aquel gozo, el olvido de los diamantes que llegaban como tropas de refresco, confirmaron todas sus sospechas.

—Tenian la escena preparada, como los jugadores sus cartas, para arruinar á un inocente. Ese pobre muchacho, á quien he visto nacer, será desplumado por su suegra, asado por el amor y devorado por su muger. Veré deshechas las hermosas propiedades que tanto cuidé. ¡Tres

millones y medio que serán hipotecados por un millon cien mil francos que esas mugeres harán desaparecer como el humo!

Al descubrir en el alma de aquella muger todos estos designios, que si bien nada tenian de criminales, suponian una inmensa perfidia, Mathias ni esperimentó dolor ni generosa indignacion. No era el Misántropo, sino el notario acostumbrado por razon de su oficio, á los alambicados cálculos de la gente del gran mundo, á esas hábiles traiciones mas funestas que un asesinato cometido por un pobre diablo. Para la alta sociedad, esas escenas de la vida, esos congresos diplomáticos sirven de inmundo lugar á donde todos van á arrojar sus inmundicias. Compadecido de su cliente, maese Mathias, echó una mirada sobre su porvenir y no auguró nada bueno.

Entremos en campaña con las mismas armas, se dijo, procuremos batirles.

En aquel momento, Pablo, Solonet y madama Evangelista, mortificados por el silencio del viejo, conocieron que les era necesaria para sancionar su transaccion, la aprobacion de

aquel severo censor, y los tres le miraron á la vez.

—Y bien, Mr. Mathias, ¿qué os parece? preguntó Pablo.

—Hé aquí mi oponion, contestó el honradísimo Mathias. Vos no sois bastante rico para cometer locuras fastuosas. La quinta de Lans-trac representa un millon de capital incluyendo los muebles: las granjas de Grassol y de Guadet, y el coto de Belle-Rose valen otro millon: vuestros dos palacios y su moviliario, un tercer millon. Por estos tres millones que producen cuarenta y siete mil doscientas libras de renta, Mdlle. Natalia aporta ochocientos mil francos inscritos en el gran libro, y supongamos que cien mil francos en diamantes, aunque me parece un valor hipotético; además ciento cincuenta mil en dinero, lo que dá un total de un millon cincuenta mil francos. ¡Y dice mi colega que nos casamos con fortunas iguales! Quiere que ante nuestros hijos aparezcamos gravados en cien mil francos, puesto que por las cuentas de tutela que se quiere que aprobemos y demos por presentadas, reconoceremos á nuestra es-

posa un dote de un millon ciento cincuenta y seis mil, no recibiendo mas que un millon cincuenta mil. Escuchais esas pataratas con el arrobamiento de un enamorado, y creéis que Mathias, que no está enamorado, puede olvidar la aritmética y dejar de observar la diferencia que existe entre las rentas territoriales, y las producidas por un dote cuyo capital está sujeto al alza y baja. Me habeis llamado, señor conde, para estipular vuestros intereses; dejadme defenderlos ó despedidme.

—Si el señor conde busca una fortuna igual á la suya, nosotros no poseemos tres millones, eso es evidente: no podemos ofrecer mas que nuestro pequeño millon, casi nada ¡tres veces mas que el dote de una archiduquesa de Austria! Bonaparte solo recibió doscientos cincuenta mil francos al casarse con María-Luisa.

—María-Luisa perdió á Bonaparte, murmuró entre dientes Mathias.

La madre de Natalia comprendió la indirecta.

—Si de nada sirven mis sacrificios, exclamó, no hablemos ya mas: cuento con la discrecion

de este caballero y renunció al honor de ser su suegra.

Después de las evoluciones prescritas por Solonet, esta batalla de intereses había llegado ya al extremo en que la victoria debía decidirse por Mad. Evangelista. Bajo pena de faltar á las leyes de la generosidad, de mentir al amor, el futuro esposo debía aceptar las condiciones de antemano resueltas entre maese Solonet y madama Evangelista. Como una saeta de reloj movida por las ruedas de su máquina, Pablo llegó hasta el fin propuesto.

—¡Cómo, señora, exclamó, llegaríais á deshacer!...

—Pero, caballero, ¿no es verdad que el único que tiene créditos contra mí, es mi hija? pues á ella daré cuentas de mi tutela cuando llegue á los veintiun años. Poseerá un millon, y si quiere, podrá elegir entre los hijos de todos los pares de Francia: ¿no es ella Casa-Real?

—La señora tienen razon. ¿Por qué se la ha de tratar hoy, de peor modo que dentro de catorce meses? No la priveis de los beneficios de la maternidad, dijo Solonet.

—Mathias, exclamó Pablo con dolor, hay dos especies de ruina y en este momento vos me perdeis.

Dió un paso hácia él sin duda para decirle que deseaba se estendiese inmediatamente el contrato. El viejo previno esta resolucion con una mirada que queria decir: Esperad. Después vió lágrimas en los ojos de Pablo, lágrimas hijas sin duda de la vergüenza que le causaba aquel debate, de la perentoria frase de madama Evangelista que anunciaba una ruptura; y las secó con un gesto, el de Arquimedes gritando: *Eureka*. La palabra PAR DE FRANCIA, había sido para él como una luz entre las mas densas tinieblas.

En aquel momento apareció Natalia, magnífica, encantadora, y preguntó con un acento infantil—¿Estorbo?

—Mas que nunca, hija mia, contestó su madre con cruel amargura.

—Acercaos, adorada Natalia, dijo Pablo tomándole la mano y conduciéndola á un sillón al lado de la chimenea; todo está ya arreglado.

—Sí, todo puede arreglarse aun, exclamó vivamente Mathias.

Como el general, que en un momento inutiliza las mas hábiles combinaciones de su enemigo, el viejo notario habia visto al genio que preside al notariado desarrollándole de un modo legal, un pensamiento capaz de salvar el porvenir de Pablo y el de sus hijos. Maese Solonet no adivinaba otro desenlace á aquellas dificultades, que la resolucion inspirada por el amor, á la cual habia conducido al jóven, aquella tempestad de sentimientos é intereses contrariados. Sorprendiolo, pues, en gran manera la exclamacion de su colega, y deseoso de conocer el remedio que Mathias podia aplicar á un estado de cosas que debia parecerle perdido sin recurso, le dijo.

—¿Que vais á proponer?

—Natalia, querida hija, déjanos, dijo madama Evangelista.

—La señorita no sobra aquí, contestó sonriendo Mathias, voy á ocuparme de ella tanto como del señor conde.

Siguió á estas palabras un profundo silencio;

todos esperaban con curiosidad la improvisacion del viejo.

—Hoy, continuó Mathias despues de una pausa, la profesion de notario ha cambiado de faz. Las resoluciones políticas influyen en el porvenir de las familias, lo cual no sucedia en otro tiempo. Las existencias estaban bien definidas entonces, y los rangos bien determinados....

—¿Quereis explicar un curso de economía política? dijo con impaciencia Solonet, aquí hemos venido á estender un contrato.

—Ahora tengo yo la palabra, déjad que concluya, exclamó Mathias.

Solonet fué á sentarse en la otomana diciendo en voz baja á Mad. Evangelista: Vais á oir lo que nosotros llamamos un *gabimatias*.

—Los notarios, pues, nos vemos obligados á seguir el curso de los asuntos políticos, que están ahora íntimamente ligados á los asuntos particulares. Hé aquí un ejemplo: antes, las familias nobles poseian fortunas inmutables que las leyes de la revolucion destruyeron y que el actual sistema tiende á reconstituir. Por

su nombre, por su talento, por su fortuna, el señor conde está llamado á tomar asiento un día en la Cámara electiva; y quizás su destino le lleve á la Cámara hereditaria, pues todos reconocemos en él las dotes necesarias para ello. ¿No sois vos de mi opinion, señora? dijo á la viuda.

—Habeis adivinado mi mas cara esperanza, contestó ella; Manerville será par de Francia ó moriré de dolor.

—Todo lo que nos puede llevar á ese fin..... dijo Mathias interrogando á la astuta suegra con un gesto.

—Es mi mas ardiente deseo.

—Pues bien, ¿no es este matrimonio una ocasion á propósito para fundar un mayorazgo? fundacion que de seguro militará en el espíritu del gobierno actual á favor de mi cliente cuando haya una promocion. El señor conde consagrará necesariamente las tierras de Lanstrac, que valen un millon. No pido á la señorita que contribuya á esta fundacion con una suma igual; no seria justo, pero consagremos al menos para ello ochocientos mil francos de su

dote. Están en venta justamente ahora dos posesiones colindantes con la quinta de Lanstrac, que muy bien pueden producir el cuatro y medio por ciento. El hotel de Paris debe ser tambien comprendido en la institucion del mayorazgo, y lo restante de las dos fortunas sábiamente administrado, bastará para dejar satisfechos á los demás hijos. Si las partes contratantes se conforman con estas disposiciones, el señor conde puede aceptar vuestras cuentas de tutela y quedar acreditado del resto. Consiento.

—*Questa coda non é di questo gatto* (esta cola no es de este gato) exclamó Mad. Evangelista mirando á su aliado Solonet.

—Aquí hay gato encerrado, contestó á media voz Solonet.

—¿Para qué tanto enredo? preguntó Pablo á Mathias, llevándosele hácia el gabinete.

—Para evitar vuestra ruina, le respondió en voz baja el notario. Deseais absolutamente casaros con una hija y una madre que se han comido dos millones en siete años, y aceptais un débito de mas de cien mil francos en favor

de vuestros hijos, á los cuales dareis cuenta en su dia de un millon ciento cincuenta y seis mil, no recibiendo hoy sino un millon escaso. Os espondeis á ver vuestra fortuna destruida en cinco años, y quedar desnudo como un San Sebastian, debiendo además sumas enormes á vuestra muger ó sus herederos. Si os quereis aventurar, andando, señor conde, pero dejad al menos que salve el honor de la casa de Marnerville.

—Cómo lo salvais así?

—Escuchad, señor conde, vos amais.

—Sí.

—Pues un enamorado es tan discreto como un cañonazo. Si hablais, quizás lo echemos todo á rodar: pongo á vuestro amor bajo la proteccion de mi silencio. ¿Teneis confianza en mi adhesion?

—Vaya una pregunta.

—Pues sabed que Mad. Evangelista, su hija y su notario, nos están jugando por debajo de pierna. ¡Cáspita, y qué partida!

—¿Natalia? exclamó Pablo.

—No pondria por ella mi mano al fuego. Vos

la amais, casaos. Pero de buena gana quisiera que saliese fallido este matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque esa jóven empobreceria el Perú. Monta á caballo como un picador del Circo y está casi emancipada. Esta clase de jóvenes no hacen buenas casadas.

Pablo estrechóle la mano, contestando con aire de seguridad.

—Eso corre de mi cuenta; pero qué debo hacer en este momento.

—Manteneos firme en esas condiciones que al cabo aprobarán, porque en nada afectan sus intereses. Además, el único deseo de Mad. Evangelista, es casar á su hija; conozco su juego: desconfiad de ella.

Pablo volvió al salon, en donde encontró á su suegra hablando en voz baja con Solonet, como él acababa de hacerlo con Mathias. Estraña á estas dos misteriosas conferencias, Natalia se entretenia jugando con su abanico.

El notario jóven adivinaba á bulto el lejano efecto de una estipulacion, basada en el amor propio de las partes, y en la cual su cliente

había sido humillada algo; pero si Mathias era tan solo notario, á Solonet aun le quedaba algo de hombre y entraba por mucho su amor propio en sus negocios. En aquellas circunstancias maese Solonet, que no quiso dejar creer á la viuda que Nestor vencía á Aquiles, le aconsejaba que terminasen cuanto antes con aquellas bases. Poco le importaba la futura liquidacion del contrato: para él consistía la victoria en la liberacion de Mad. Evangelista, la seguridad de sus rentas y el casamiento de Natalia.

—Burdeos entero sabrá que dais un millon cien mil francos á Natalia, y que os quedan veinticinco mil libras de renta, dijo en voz baja Solonet á la viuda. No creia que obtendríamos tan brillante resultado.

—Pero explicádme por qué la fundacion de ese mayorazgo ha calmado la tempestad.

—Porque desconfian de vos y de vuestra hija, un mayorazgo es inenagerable.

—Eso es una injuria.

—Nosotros llamamos á eso prevision. El viejo nos ha cogido en sus redes. Si rehusásemos esa fundacion, nos diria: Vosotros quereis

disipar la fortuna de mi cliente, que por la creacion del mayorazgo queda asegurada, como si los novios se casasen bajo el régimen dotal.

Solonet calmó sus propios escrúpulos diciéndose: El efecto de estas estipulaciones solo se vence de un modo claro en el porvenir, y para entonces ya habrán enterrado á madama Evangelista.

Como Mad. Evangelista tenia ciega confianza en Solonet, contentóse con aquellas esplicaciones. Ignoraba las leyes; veia á su hija casada, y no deseaba otra cosa por el pronto; así es que se entregó á la alegría que le causaba su victoria. Como Mathias había pensado, ni ella, ni Solonet, comprendian en toda su estension su pensamiento, apoyado sobre unas bases inespugnables.

—Pues bien, Mr. Mathias, ya está todo arreglado, dijo la viuda.

—Señora, si vos y el señor conde consentís, debeis empeñaros mutuamente vuestra palabra. Entiéndase, añadió mirando á uno y á otra, que el matrimonio no tendrá lugar sino bajo la condicion precisa de la fundacion de un

mayorazgo, y que lo compondrán las tierras de Lanstrac, la casa sita en la calle de la Pepiniere, pertenecientes al futuro esposo, *item* ochocientos mil francos en dinero del dote de la futura esposa, que se invertirán también en tierras. Perdonad, señora, esta repetición, pero es necesario un empeño positivo y solemne. La erección de un mayorazgo exige muchas formalidades, visitas á la chancillería, un mandamiento real, y debemos terminar prontamente la adquisición de las tierras, á fin de comprenderlas en la designación que el real mandamiento tendrá la virtud de convertir en inalienables. Entre muchas familias sería necesario estender una escritura de compromiso, pero entre vosotros un simple consentimiento debe bastar. ¿Consentís, señores?

—Sí, dijo Mad. Evangelista.

—Sí, dijo Pablo.

—¿Y yo? exclamó riendo Natalia.

—Vos sois menor, señorita, contestó Solonet.

Convínose entonces que Mr. Mathias estendería el contrato, y que Solonet minutaría la cuenta de tutela; las escrituras se firmarían,

según ley, algunos días antes de la celebración del matrimonio. Después de algunos saludos, los dos notarios se levantaron.

—Llueve, Mathias. ¿Queréis que os acompañe? abajo me espera mi cabriolé, dijo Solonet.

—Mi carruaje está á vuestras órdenes, añadió Pablo.

—¡Oh! no quiero robaros tan solo un minuto, contestó el viejo; acepto la invitación de mi colega.

—Y bien, dijo Aquiles á Néstor, cuando el coche echó á andar, habeis estado verdaderamente patriarcal. Esos jóvenes se hubieran arruinado.

—Me asustaba su porvenir, contestó Mathias, guardando el secreto sobre los motivos de su proposición.

En aquel momento, los dos notarios se parecían á dos actores que se dan la mano una vez corrido el telón, después de una escena de provocación y lucha.

—Una cosa se me ocurre, exclamó Solonet, ¿no es de mi incumbencia la adquisición de las